

Un joven dios de cabello revuelto

Manuel Ballagas

Incubadora ediciones

Para Agustín Tamargo

*“Cuando todos se volvieron telépatas
Joseíto Jehová dejó de pensar.
‘¡Pa que me respeten!’ ”*

J. H. A.

Qué primavera más larga la de aquellos sesenta. Lo recuerdo todo ahora como un sueño, no puedo evitar reírme de mí; pero por aquella época, en La Habana, yo me creía un joven dios de cabello revuelto, y lo más lindo del caso es que quizás lo fui, sin darme demasiada cuenta.

Con la santa paciencia de quien conoce la eternidad pero vive para la Historia, consultaba mi reloj y celebraba la inevitable llegada del cataclismo. Leía a Marcuse, a Solzhenitsyn, a Leary. Hasta mi humilde mesa de trabajo, sorteando obstáculos indecibles, el cuartel general de la revolución me hacía llegar libros, periódicos y poesías que yo devoraba sin demora. Mis amigos, igualmente inmortales y delirantes, me visitaban para traerme noticias del frente.

Las calles parecían arder. Alrededor del hotel Capri, el restaurante El Carmelo y de la funeraria Calzada, una multitud de peludos jovencuelos desafiaba al orden. Se agrupaban en manadas, ostentaban modas foráneas, y

ante la manifiesta hostilidad de la policía, blandían crucifijos y hacían gestos obscenos. Tenían algo en común: todo; y un solo propósito: estar ahí.

El gobierno ensayó toda suerte de métodos para borrarles del mapa urbano. Envío de emisario al cantante Silvio Rodríguez, infiltró el movimiento, efectuó amplias redadas e instaló barberías permanentes en cada estación de policía. Pero por cada cabello *hippie* que cortaba, parecía que crecían tres.

Estaban de moda el joven Marx y Rosa Luxemburgo, las citas de Adorno y las veladas referencias a un socialismo no bautizado en Moscú. Se hablaba y se polemizaba, en cualquier parque, en cualquier calle, en cualquier casa, mientras el Ché Guevara perdía el rumbo en los vericuetos de la selva boliviana.

En Europa, los acontecimientos tomaron un giro más desbocado aún cuando en mayo de 1968 un ecléctico conglomerado de estudiantes y grupúsculos marginales levantaron en Francia la antorcha de la rebeldía. No se puede confiar en nadie mayor de 30, decían. Aun así, ¿podíamos confiar en nosotros mismos?

La imaginación al poder. Prohibido prohibir. Viva el surrealismo.

Las nuevas consignas esquivaban toda referencia solemne. Los líderes del momento pasaban a la oscuridad mañana. El golpe tomaba por sorpresa a los santos y demonios consagrados: Sartre y Aron tartamudeaban, incapaces de interpretar el alcance de aquella ola.

En el otro extremo, Praga hervía. También allí obreros y estudiantes alzaban sus puños, lanzaban manifiestos y pronunciaban discursos. Yo aplaudía en silencio, sin duda esperanzado; pero una vocecita interior no

cesaba de advertirme que aquella liberadora estación no tendría en Cuba su mayo deslumbrante, que los pocos brotes de inconformidad que observaba aquí y allá se ahogarían tarde o temprano.

Debí hacerle caso a aquella voz, porque la primavera más larga de mi corta vida acabó sin pena ni gloria. A la postre, todas las piecitas del rompecabezas volvieron a caer en su justo lugar, y nosotros con ellas, callados y obedientes. Llegué a pensar que éramos eternos, pero cumplí cada uno de esos años. No me lo puedo creer todavía.

Por cierto, fue por ese entonces que me enamoré por primera vez. Ahora les cuento.

Yo tenía diecisiete años y ella puede que veinte. Se llamaba Mayi. La conocí en la UNEAC, una tarde. Yo pasaba mucho tiempo allí, fingiendo que era escritor. No sé qué me encontró; yo estaba más flaco y malo que el pecado. Aun así, se las arregló para meterme en su cama y me envició con su bollo de tal forma, que cuando me lo quitó al cabo de unos meses, para volver con su marido, pensé que iba a naufragar en un mar de lágrimas...

Pero esa es otra historia, en la que casi muero de amor.

En ésta, Mayi es un ser sin huella ni pulso, como uno de esos personajes sobrenaturales de los que tanto hablábamos entonces, cuando ella planeaba escribir la segunda parte de *Drácula*. No me amaba ya; sólo esperaba el momento para morder mi yugular y deshacerse de mi cuerpo en la desembocadura del río Almendares. Yo no me daba cuenta y la seguía como un sonámbulo.

Así, una noche de esas me dejé llevar de su mano gélida hasta un apartamento en la calle 19, en el Vedado. Era la casa de Ángel Arango, el novelista, y tenía una hermosa terraza donde se daba una tertulia de ciencia-ficción. Cada semana un grupo se reunía allí, a leerse unos a otros cuentos de marcianos. Nadie nos había invitado, pero sobre todo, nadie nos quería allí. La culpa era toda mía. Yo arrastraba entonces un pesado fardo de escándalos y anatemas.

Meses antes, en un raptó de furia, Fidel Castro había hecho pedazos en la Universidad las galeradas de mi primer libro de relatos, *Con temor*, y mandado a cerrar la editorial El Puente, que lo iba a publicar. Lisandro Otero, un gerifalte de la cultura, me tachó de desafecto por haber enemistado a Allen Ginsberg con la revolución cubana. Corría también el rumor de que yo hacía sortilegios santeros para ganarme el Premio Casa de Las Américas con un libro contrarrevolucionario. Me arrestaron varias veces. Mi expediente crecía.

Recuerdo que por ese entonces Chinolope, el fotógrafo, tuvo la imprudencia de llevarme a conocer a Guillermo Cabrera Infante, un escritor a quien yo admiraba mucho. Yo no quería ir, porque había oído decir que se hallaba en una situación delicada y no me parecía justo perjudicarlo con mi visita. Pero andábamos juntos una tarde y el Chino no dio su brazo a torcer. Aseguraba que tenía que pedirle un dinero a Guillermo -un adelanto, le llamaba- por la portada de su libro *Vista del amanecer en el trópico* (¿o sería *Tres tristes tigres?*, no me acuerdo).

Recluido a la sazón en el apartamento de su padre mientras esperaba un permiso para volver a Bélgica después de asistir al sepelio de su mamá, Guillermo casi cae redondo, de una sirimba, cuando el Chino me presentó sin demasiada ceremonia. “Ete é el *little genius* de Ballaguita”, le dijo. El mulato se puso cenizo. Pensó que el viaje a Europa se le había hecho de pronto mucho más difícil.

Fuimos a sentarnos en sendos sillones dispuestos en un balcón que daba a la calle G, mientras el Chino, que siempre andaba hambriento, iba a saquear el refrigerador. De cuando en cuando, Guillermo me miraba de reojo y se ajustaba las gafas al tabique de la nariz, sin decir palabra. Yo no me atrevía a hablar. ¿Qué podía decirle? Guillermo era mi ídolo, yo quería ser él cuando fuera grande, escribir como él, hacer sus chistes y juegos de palabras. Estuvimos así un rato, esquivándonos los ojos.

Al fin, cuando creí que nos íbamos a volver figuras de piedra -de sombra, de piedra, como diría un personaje de *Hiroshima, Mon Amour*- Guillermo me preguntó a quemarropa si yo era Manolo Ballagas. Al parecer, quería cerciorarse de que el Chino había traído la plaga a su casa, y no una simple gripe.

Le dije que sí. “¿El hijo de Emilio Ballagas?”, insistió él, para estar seguro. Dígole: Sí. “Usted me disculpa”, contestó, muy bien educado. Y salió disparado del sillón. “¡Chinoooo ...! ”, gritó a voz en cuello. No le vi más. Todavía no era mayor de edad y me había vuelto un apestado.

Tal era mi mala fama, que cuando Mayi y yo nos presentamos aquella noche en la casa de Arango por poco nos tiran la puerta en las caras. Yo se lo

había advertido, pero ella estaba obsesionada. Después de leerse el libro de Bram Stoker, Mayi veía criaturas de la noche por todas partes. Por más que traté, no logré quitarle de la cabeza que la aburrida tertulia de ciencia-ficción que allí se celebraba era la tapadera de una corte de chupasangres.

Ella pretendía, valiéndose de un poderoso detector (apenas el espejito de una vieja polvera), descubrir a los *nosferatus* que supuestamente se reunían en ese lugar, ávidos de plasma e inmortalidad literaria. Se proponía liquidarles la mañana siguiente, mientras durmieran en sus sarcófagos.

Mayi abrió su cartera y me enseñó la estaca con que planeaba traspasarles el vil corazón. Metía miedo. Pero primero teníamos que asegurarnos, dijo. Mientras atravesamos juntos la terraza en que se reunía la tertulia fue presentando el espejito redondo a los que nos iban saliendo al paso.

Ahora que lo pienso, y aunque sonreían, todos eran pálidos y patibularios: Oscar Hurtado, Guillermo Prieto, Charles Cabada, Manolo Vidal... Mayi les enfocaba y aguardaba un instante. Los pelos se me empezaron a poner de punta. Ninguno asomaba en el espejo. Sólo uno que encontramos agazapado, muy al fondo, arrojó un reflejo.

Era rubicundo y medio calvito. Calzaba sandalias y de su boca colgaba una pipa de forma enroscada, muy rara. Una salpica de picadura de tabaco rodeaba la poltrona en que se dormía. Nunca le había visto. Parecía dormido o muerto cuando nos acercamos. Tanto, que casi me caigo de culo cuando de pronto le vi abrir los ojos.

Eructó y un tufo a aguardiente Cazalla escapó de su boca. El vaho nos envolvió. Sentí a Mayi abrazarse a mí por detrás. Quise apaciguarla, pero cuando me volví hacia ella quedé paralizado: la vi abrir sus labios y desembuchar unos caninos muy afilados.

-Lo siento... -dijo, antes de hundirlos en mi pescuezo.

Pero esa es otra historia, en la que muero desangrado.

En esta, me he vuelto ya un vampiro o algo parecido. Hace una eternidad que yazgo en mi lecho, entre lágrimas y suspiros. Filtrándose por las ventanas, la luz del día achicharra parte de mis carnes y me sume en un letargo del que sólo escapo al oscurecer, convertido en una alimaña.

Quería olvidar la traición de Mayi, pero cada vez que lo intentaba el agujero de su ausencia empezaba a supurar en mí como una llaga. Trampa de la memoria: de cuando en cuando veía a su fantasma tenderse boca abajo y reptar entre mis piernas, para luego empezar a hacer arabescos con su lengua sobre la erizada piel de mis testículos.

Oh maligna, cuánto duró tu hechizo...

Pero una mañana, no sé cómo, desperté sin recuerdo de ella, y por primera vez en meses, al abrir los ojos, no maldije su nombre. ¿Qué había pasado? Miré a mi alrededor, de entre las sucias sábanas, luego al techo, y respiré tranquilo. Me vi escuálido, casi en la pura osamenta, pero estaba curado. Había sudado su amor como un catarro fuerte.

Ahora, empero, tenía la garganta seca y necesitaba un trago, no de sangre, sino de ron.

Ignoro de dónde me vino aquel repentino apetito de licor. Hasta entonces, yo no había sido aficionado a beber. Había incurrido en las iras de Fidel, y además hecho algún que otro sacrificio en el altar de Venus, como dijo José Lezama Lima una vez; pero jamás había sentido necesidad de ahogar mis penas en alcohol. ¿Qué penas puede tener uno a esa edad?

Me acordé entonces del papelito que el señor de la extraña pipa había deslizado en mis manos, disimuladamente, poco antes de que Mayi me mordiera el pescuezo en casa de Arango. Lo tenía todavía en un bolsillo, muy bien doblado. Se había quedado allí mientras la fiebre de la mujer amada me consumía. Tenía algo escrito: una dirección. Al poco rato andaba buscándola por la calle San Lázaro.

Encontré el lugar después de dar tumbos por el vecindario. Sólo tuve que seguir en las aceras el rastro de picadura de tabaco que él solía dejar por dondequiera que pasaba. La estela de broncas, escándalos y vómitos borrachos. Poco a poco, fui a dar a la puerta de un edificio escondido entre la Casa de Beneficencia y el Malecón. El número 875, para ser exactos.

Vivía en un apartamento del cuarto piso. Se llamaba José Hernández, como el autor de *Martín Fierro*, pero media Habana lo conocía como Pepe, Pepe El Loco. A fe mía, nunca he visto un nombrete mejor puesto.

Desde la pista de la Academia de Baile de Marte y Belona, donde le confundían con el Esqueleto Rumero, y las recholatas en la finca de Miguel Ángel Quevedo, donde conquistó el apodo de Pajarrápida, hasta la Avenida del Malecón, donde al fin de sus días se dedicó al delicado arte de torear

autobuses, toda la existencia de aquel personaje hubiera podido caracterizarse como una sucesión de peripecias demenciales ejecutadas en estado de completa embriaguez.

Alguien me contó que una vez casi priva a la literatura cubana de dos de sus futuras luminarias al tomar control de un auto en que transitaban por la calle 23. Ebrio y furioso, y al grito de “¡Tú no eres William Shakespeare!”, Pepe se adueñó del volante y torció de pronto el rumbo contra un enorme camión, para luego precipitar el coche contra la entrada del cine La Rampa, donde se exhibía en ese momento, por cierto, una película de François Truffaut. Pablo Armando Fernández y Guillermo Cabrera Infante salvaron la vida de milagro; Pepe también. Pero resultó muerto un vendedor de billetes.

De todo esto me acordaba la tarde que fui a verle.

Me recibió en una sala pequeña, de paredes pintorreteadas, llena de libros en inglés y botellas vacías. Descansaba sobre un sofá-cama desvencijado.

-Te estaba esperando -dijo.

Desde ese momento fuimos inseparables. Nos embarcamos en un montón de aventuras.

Las aventuras de Joseíto Jehová.

Así se llamaba, por cierto, un libro que empezó a escribir y dejó inconcluso cuando, uno a uno, sus amigos le fueron abandonando, y después su mujer, la cantante de jazz Maggie Pryor, hasta quedar completamente solo y hecho un guiñapo, como yo. “¡Qué rica es la vida!”, se le escuchaba gritar a voz en cuello, sumido en aquel abismo de aguardiente, orfandad y tristeza.

A falta de ron, me ofreció un vaso de Alcoelite mezclado con jugo de naranja.

-Tú eres Mozart -me dijo- Déjame ser Beethoven.

¿Cómo?

Me quedé en Babia. Yo, entonces como ahora, sabía poco o casi nada de música.

Me pasó por la mente que fuera cosa de mariconería y enseguida me puse en guardia.

-Mira... -empecé a decir.

Pero nada de eso. Pepe hablaba con la humildad de un maestro: no pretendía cogerme el culo, solo se atribuía la *Eroica*, y a mí me dejaba la *peccata minuta*, vamos, cositas sueltas como *Eine Kleine Nachtmusik*.

El trago me fue quemando la lengua y la garganta, hasta la boca misma del estómago. Después, no sé adónde fue a parar aquel fuego. Corrió por mis venas, incendió mis ojos y me achicharró el poco cerebro que siempre he tenido. Creo que entonces me dormí. No recuerdo qué soñé. Ha de haber sido algo malo, porque la mayoría de las veces olvido mis pesadillas.

Pepe tenía un amigo médico, de apellido Lavín. Para todo tenía el mismo remedio. "Hay que amputar", decía. Si era un catarro, amputar. Si era diarrea, amputar. Si te fallaba vista, amputar. No tenía pacientes, sólo muñones. Siempre andaba con el serrucho encima. Era de cuidado; pero algo que nunca faltaba en su consulta de La Habana Vieja era el alcohol de noventa. Se lo

robaba del hospital Calixto García, como nosotros se lo robábamos después a él.

Hablábamos un rato con el doctor, yo hacía un par de chistes de relajó, y en cuanto Lavín, muerto de la risa, daba la espalda para buscar unos vasos, Pepe se afanaba la primera botellita que encontraba a mano. La escondía metiéndosela entre el cinturón y la barriga. Era un lince. Después, en su casa, mezclábamos el alcohol con jugo de cualquier fruta, o si no, con puro extracto de vainilla, y nos sentábamos a beber tranquilamente. Lavín nunca nos pilló.

A otro a quien asaltábamos era a Luis Trápaga, uno de los pocos coreógrafos cubanos que no era maricón. Vivía cerca de la calle Línea. Allí el licor era más fino. Luis había dado un viaje por Europa y al regreso había traído, además de las primeras novelas de James Bond que se leyeron en Cuba, un sabroso cargamento de Johnny Walker y otras delicias. Pepe y Luis habían sido buenos amigos hasta que Maggie Pryor se metió en la cama con Luis, en medio de no sé cuál francachela. Al cabo del tiempo, y un poco más sobrios, hicieron las paces. Grave error.

En casa de Luis, Pepe se hacía con cualquier botella que hallara a su alcance, lo mismo Terry Malla Dorada que Marqués de Riscal o Jack Daniels; la escondíamos en una maletita que yo llevaba a cuestras, y antes de largarnos casi siempre le pedíamos a nuestro anfitrión no menos de diez pesitos, dizque para comer algo y ahuyentar la cruda. Para ese momento, con las ganas que tenía de que nos fuéramos, Luis nos hubiera regalado mucho más, y algunas veces lo

hizo, por cierto. Hasta veinte pesos, recuerdo, un verdadero dineral en ese entonces. Todo nos lo bebíamos enseguida, era una sed insaciable.

Y aquello era sólo el comienzo. De ahí salíamos a asolar La Habana.

No recuerdo aquellos tiempos con demasiado agrado ni con particular nostalgia. Casi me mato varias veces, y otras tantas casi caigo en chirona. No sé cómo me dejé arrastrar. Supongo que era ingenuo y un poco idealista. Dan ganas de llorar, después de todo. Es el sempiterno destino del borracho.

Trepamos la verja de la Unión de Escritores, para demostrar que nadie escribía allí como nosotros.

Me vuelvo y veo a Pepe explicándole la inutilidad de la muerte a un policía que le apunta con una pistola, en pleno Carnaval de La Habana, y luego apunta hacia mí, asustado.

Nos despeñamos entonces escaleras abajo y tocamos a la puerta del infierno en un patio del Vedado, hondo en la tierra, pero nadie contesta. Le digo a Pepe: “Nos engañaron, el infierno no existe”.

Luego, más audaces, nos enredamos en una bronca, no sé por qué absurda razón, en una mansión de la Puntilla y acabamos partiéndole la boca de un puñetazo a un guerrillero uruguayo que enseguida encuentra un fusil y nos saca de allí a balazos.

Para escapar abrimos una puerta y nos recibe el poeta Nicolás Guillén, que pregunta, azorado, qué puede hacer por nosotros. Está en medio de una reunión con intelectuales importantes. Podemos ver la larga mesa, las caras.

“¿Importantes?”, ruge Pepe, a quien por alguna razón aquella palabra tan solemne sacaba de quicio, y entramos los dos al salón, vomitando.

Cerca de allí, en el Instituto de Radiodifusión, vamos entonces a buscar la ropa interior de la vedete Rosita Fornés. Según Pepe, las olorosas braguitas se hallan escondidas en alguna parte de la guarnición. Lo revolvemos todo, escopetas, pistolas, municiones, hasta que vienen milicianos armados y nos conminan a rendirnos. Nos salva una repentina llamada.

Es el comandante Manuel Piñeiro, conocido como Barbarroja, jefe de la Dirección General de Inteligencia. Desde su despacho en el Ministerio del Interior, donde planea ya la muerte del Che Guevara, da orden de ponernos inmediatamente en libertad. “Son compañeros valiosos pero confundidos”, le oímos decir. “La ropa interior de Rosita obra en mi poder”.

Salimos a la calle y respiramos el aire fresco de la madrugada. Pepe me invita a pasear por el Malecón, pero estoy cansado y le digo que me voy a casa, a escribir. Pepe sonrío, da media vuelta, y desaparece, Rampa abajo. La mañana siguiente, alguien me despierta para decirme que ha muerto aplastado por uno de los autobuses que toreaba, al grito de “¡Qué rica es la vida!”.

Así eran las cosas con Pepe.

Maldita la hora en que le conocí.

Pero esa es otra historia, en que no ceso de lamentarme... Lo mejor vino después, cuando llegó el Salón de Mayo a La Habana. Ah, qué época tan mágica...

No se hablaba de otra cosa. De los artistas cubanos que habían venido de Francia, sobre todo. Jorge Camacho, Agustín Cárdenas y Tomás Marais. ¿Cómo los dejaron volver de París, y sobre todo, cómo les dejaron marcharse después? Todavía faltaba mucho para que empezaran los llamados “viajes de la comunidad”. Era como si hubieran venido los marcianos.

Aquella noche no sabía qué hacer. Seguía soñando con ser escritor, y hasta lo fingía bastante bien; pero era como Renaud Sarti, aquel personaje de novela francesa, un escritor *qui n'écrit pas*. Tampoco tenía otra cosa que hacer.

Estaba tomándome una cervecita en la cafetería de la Unión de Escritores cuando Guerrero, el caricaturista, apuró su trago y me dijo de pronto:

-Vamos, flaco. (Todavía me decían así).

-¿Adónde? -pregunté.

-Al *happening*.

-¿Y eso qué coño es?

-Algo que pasa, vamos. Al Salón de Mayo.

Me preguntó si tenía invitación. Le dije que no. Qué invitación iba a tener. A mí no me invitaban a ninguna parte, y menos a ocasiones como la inauguración de aquel evento que se desarrollaba a bombos y platillos en el Pabellón de la Calle 23. Había oído decir que los bocadillos iban a ser a lo grande; las masas de cerdo se iban a caer de las enormes fuentes, aseguraban, y el whisky iba a correr como un río interminable.

-Vamos, yo tengo -dijo Guerrero.

Arrancamos y en cinco minutos estábamos allí. Los borrachos corren, no caminan. Cuando llegamos a la entrada, por detrás del pabellón, había tres o cuatro segurosos con guoquitoquis revisando las invitaciones. Guerrero sacó la suya, un sobre con letras muy impresionantes, y me dijo bajito: Pégate, flaco. Y así fue, pegados entramos y su invitación contó para dos. Cosas misteriosas de la vida. Los segurosos ni cuenta se dieron. Habrá sido por lo flaco que yo era entonces.

Adentro, parecía que habíamos llegado a otro mundo. La modelo Norka, con la cabeza totalmente rapada, y vistiendo un bluyín y una camiseta pintorreteada, daba vueltas como enloquecida en medio de una pequeña muchedumbre de invitados, agitando una banderita cubana. Parecía que buscaba a alguien. Su mirada iba de éste para aquél, de aquí para allá, y daba vueltas, vueltas como un trompo... hasta que al fin, al parecer, dio con alguien, un hombre alto de bigotito, a quien haló hacia el centro del grupo que crecía en torno a ella.

Era Carlos Franqui. Todos aplaudimos.

Días más tarde, el poeta Pablo Armando Fernández describiría este episodio así: “Todo fue muy profesional, Manolito. Muy profesional”. Cerraba los ojos y repetía: “Muy profesional, muy profesional”. A mí me pareció, francamente, un poco ridículo, ¿pero qué más da? Yo no tenía -ni creo que tengo aún- el más mínimo sentido del gusto. Sólo gozaba estar parado ahí, entre tanta gente elegante e importante, con una masita de puerco en una mano y un mojito en la otra, absorbiendo el panorama.

Poco a poco, fue llegando gente más importante aún: el comandante Osmany Cienfuegos, el comandante y *master spy* Manuel Piñeiro, Haydée Santamaría, directora de la Casa de las Américas y heroína del Moncada. Coño, cómo les rendían moforibale todos los guatacones. Pablo Armando casi se arrodillaba para besarles las manos, Norka daba brincos, se abrazaba a ellos. En eso, alguien (creo que fue el mismo Franqui) llamó la atención sobre un asunto más serio.

Se había acordado que los artistas invitados al Salón de Mayo, además de asistir a aquella exposición de sus obras, pintarían un mural colectivo. Les ayudarían en esta tarea los artistas cubanos del patio que estuvieran presentes (más bien pocos). Para ello, oh, sorpresa, se disponía ya de ilimitadas cantidades de pintura en todo los colores del prisma, además de toda clase de brochas, pinceles y espátulas.

Los pocos afortunados pintores cubanos locales que había en el lugar contemplaban aquel derroche con verdadero asombro y codicia. Hacía siglos que no les daban materiales para pintar, dizque porque el bloqueo imperialista no permitía la entrada al país de implementos para las artes plásticas.

-La revolución es un huracán -gritó alguien entonces, en medio de aquel grupo. Hubo rugidos y aplausos de aprobación.

-Buena idea -dijo Franqui- El mural será como un círculo, el huracán revolucionario que envuelve a América Latina, y cada artista tendrá su pedacito del ciclón para pintar.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Revolución! -chillaba Pablo Armando, abrazado por Norka.

Todos los presentes alzaban sus copas, como si fueran fusiles... hasta yo. Era como el cuarto o quinto mojito que me tomaba, con sus respectivas masitas de cerdo.

Los pintores se abalanzaron sobre los pinceles y las brochas; otros agarraban los tubos de pintura. Al ratico, ya estaba casi pintado el vórtice. Le seguían otras partes. Y así, empezaron a llegar pintores de la calle.

Guerrero se notaba indeciso. Pensé que sería uno de los primeros en poner manos a la obra, cuando lo oí que me decía: Esto no está bien, Manolito. Esto no está bien.

-¿Qué pasa? -le pregunté.

-Hay que buscar a Chago. Chago no esta aquí, coño. Oye, Franqui.

Franqui se volvió. Rebosaba entusiasmo. El evento marchaba a toda máquina, como la revolución latinoamericana. Pero Guerrero le echó un cubo de agua fría con aquello de Chago.

Chago -no se vayan a equivocar- era Santiago Armada, un caricaturista metafísico que era el emplanador de la primera página del diario *Granma*, el órgano del Partido Comunista. Su libro *El Humor Otro* había sido sacado de imprenta años antes bajo sospechas ideológicas. Una exposición suya había sido cancelada poco antes, por pornográfica.

-Chago no, Guerrero, Chago no. Nos va a buscar problemas -le dijo Franqui al caricaturista.

-Es tu amigo, coño, de los tiempos de *Revolución*. Lo tienes que traer - insistía Guerrero, borracho y lacrimoso.

Al fin, Franqui cedió. Después de todo, algunos pedacitos de aquel mural ya parecían peligrosos, como uno en que se veía a Fidel Castro chupando unos tabacos, con labios de mamalón empedernido.

-No quiero problemas, contrólalo -le advirtió Franqui a Guerrero con gran seriedad. Yo observaba aquel incidente callado, pero divertido. Cualquiera que pusiera a Guerrero a controlar a alguien tenía que estar loco.

-Vamos, flaco -me dijo Guerrero entonces.

-¿Yo?

-Sí, tú -repuso- Yo no me acuerdo de por dónde vive Chago.

-Es por Neptuno arriba -dije. Me resistía a abandonar los tragos y las masitas de cerdo, pero Guerrero me arrastró hasta una limosina vieja que Franqui había puesto a nuestra disposición para buscar a Chago.

El chofer era un negro vestido de traje, que parecía un seguroso. Al menos esa idea me llevé, cuando le vi conferenciar con un grupo de otros vigilantes vestidos de civil que había en el lugar. Cruzó unas palabras en voz muy baja con ellos antes de partir con nosotros rumbo a la calle Neptuno arriba, como yo decía.

-Por aquí, por aquí -repetía yo, a medida que subíamos por esa calle, pasando Galiano y dejando atrás otras callecillas. Era un laberinto.

-Tú estás perdido -decía Guerrero, cada vez más inquieto.

No encontrábamos el lugar y el chofer también parecía impaciente. Entonces, la vi. Quiero decir, la entrada al edificio antiguo y altísimo en que vivía Chago. Tendría como seis o siete pisos y él vivía en la azotea prácticamente. Sin elevador.

-Espérenme aquí -les dije, abriendo la portezuela de la limosina y lanzándome a la acera.

Subí corriendo, a saltos, como sólo podía hacer en aquellos, mis años de juventud. Tendría ¿poco más de 19 años? y no me faltaba el aire ni el ímpetu. Cuando llegué al apartamento de Chago, me salió a la puerta Dalia, su mujer. Ni ella ni él creían lo que les decía. Con la peste a ron que traía pensaban que estaba borracho. ¿Pabellón? ¿Pintura? ¿Mural? ¿Masas de cerdo y ron? ¿Carlos Franqui? ¿De qué habla este chiquito?

Pero al fin Chago me entendió, y sobre todo, me creyó. Así que se puso los zapatos para irse conmigo. Fue a coger unos pinceles de un pomo, pero le dije que no hacía falta. Hay pinceles y pinturas de sobra, le aseguré. Chago se encogió de hombros y nos fuimos.

Cuando llegamos, Franqui abrazó a Chago como si hiciera siglos que no le veía. Y era verdad: hacía siglos que no le veía, porque por esa época todos - menos el periódico *Granma*- le tenían terror al caricaturista, a quien consideraban un loco peligroso, capaz de precipitarte en la cárcel. Le daban la espalda, y si era posible, le ignoraban a como diera lugar. Tenían su parte de razón, Chago era un artista irreverente, pero Franqui se cuidaba como gallo fino. Tenía un viaje pendiente a Europa, del cual no volvería, ahora se sabe.

Guerrero puso manos a la obra. Prendió un cigarrillo, cogió una brochita y lo vi pegarse a su pedacito de mural. Ahora ni me acuerdo qué pintó. Yo me fui con el chofer a buscar tragos y más masitas de puerco. Las mesas de los féferes estaban copadas, atrás, por los segurosos, a quienes les encanta comer y beber bien gratuitamente, como al resto de la humanidad. Los vi arrebatarse las masitas y vaciar botellas de whisky mientras hacían que vigilaban a todo el que pasaba por allí.

Para cuando volví al sitio del mural, Chago ya estaba pintando. Era una imagen curiosa: un tipo tumbado en la playa, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y una toalla tapándole la barriga y parte de las piernas. El sol calcinante del trópico salía a su espalda. Y por debajo de la toalla, a medida que Chago pintaba y pintaba, empezaba a salir algo también, algo largo, con catadura de serpiente o de...

-¡Guerrero! -chilló de pronto Franqui.

Guerrero se volvió desganadamente. Estaba concentrado en lo suyo.

-¿Cómo me has hecho esto, Guerrero? -clamó Franqui.

-¿Qué coño tú hablas? -preguntó él.

Hablaba del cuadrito de Chago, que ya estaba casi completo. Franqui palidecía. La sierpe que se había insinuado bajo la toalla ya mostraba claramente su faz: era un falo enorme que se alzaba como un gusano entre las piernas del veraneante. Varios asistentes ya estaban haciendo gestos; otros se reían a carcajadas.

-¿Cómo me has hecho esto, Guerrero? -lloriqueaba Franqui.

Me acerqué para ver lo que hacía Chago. Guerrero también.

-Esto está sabroso -concluyó Guerrero- No sé de qué te quejas.

- ¡Guerrero! -exclamó Franqui, más pálido que un cadáver para entonces.

Y cuando Chago, sonriendo como un santico, escribió encima de su dibujo una frase descriptiva, Franqui se desplomó. Por suerte, Norka y Pablo Armando pudieron sujetarle a tiempo, antes de que cayera al piso. “¡Médicos! ¡Médicos!”, gritaba Pablo.

Parecía un sainete.

“CUBA, LLAVE DEL GOLFO”, pintó el dibujante antes de echar a un lado los pinceles.

Guerrero y yo nos echamos a reír. A Franqui lo tuvieron que sentar y echarle fresco.

Para entonces, se había hecho tarde. Serían como las dos de la madrugada y me quise ir. Caminé dando tumbitos hasta el fondo del pabellón, donde ya ni las mesas de bebidas y comidas funcionaban. Los segurosos habían dado cuenta del banquete. Caminé un poco más y salí a la calle. Me paré y respiré; alcé la vista para ver el hotel Capri y seguí caminando.

No había cruzado la Calle 21 todavía cuando la misma limosina vieja y negra que nos había llevado a casa de Chago frenó con estrépito al lado mío. Un par de hombrazos vestidos de traje negro me salieron al paso con carnés en las manos. No me molesté ni en mirar qué decían. Vamos, me dijeron, tomándome por los brazos y metiéndome de un empujón en el carro.

Pero esa es otra historia, en la que caigo preso...